

Editorial

Reconciliación y construcción de paz

Reconciliation and Construction
of Peace

Reconciliação e construção da paz

PORFIRIO CARDONA-RESTREPO¹
FREDDY SANTAMARÍA VELASCO²

**Cómo citar
este artículo en APA:**
Cardona- Restrepo, P.
y Santamaría- Velasco,
F. Reconciliación y
construcción de la paz.
Analecta Política, 6 (11),
219-223.

- 1 Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Director de la Facultad de Ciencias Políticas de Universidad de la misma universidad e integrante del grupo de investigación en Estudios Políticos (A1). Correo electrónico: porfirio.cardona@upb.edu.co / orcid.org/0000-0001-5648-994X. Dirección postal: Universidad Pontificia Bolivariana. Circular 1. No. 71- 01, Bloque 12, piso 1. AA 56006. Medellín-Colombia.
- 2 Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia de Salamanca (Salamanca, España). Doctor en Filosofía Universidad Pontificia Bolivariana. Director de la revista *Analecta Política* y Director del Grupo de investigación en Estudios Políticos de la misma universidad (A1). Correo electrónico: freddy.santamariave@upb.edu.co / orcid.org/0000-0003-3864-5237. Dirección postal: Universidad Pontificia Bolivariana. Circular 1. No. 71- 01, Bloque 12, piso 1. AA 56006. Medellín-Colombia.

*Que sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra,
maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz.*

Estanislao Zuleta

A lo largo de la historia humana hemos encontrado narraciones mitológicas, esfuerzos conceptuales y prácticos por alcanzar la paz. Desde una de las primeras iniciativas políticas para el ordenamiento social de los hombres de la cultura griega encontrada en el mito del nacimiento de la Eiréne que personifica la paz en las *Teogonías* de Hesíodo (Th., 901-903) en el siglo VIII a.C., y que unida a la Díke (la Justicia) y Eunomía, (la Equidad o el Buen Gobierno) forman aquella ecuación famosa: paz- justicia-buen gobierno. Pasando por el *Génesis* bíblico, el *Shalom* en el judaísmo, la *Pax* romana, el *Salam* en el Islam, hasta las consideraciones racionalistas, humanistas, internacionalismos pacifistas y las declaraciones internacionales que conocemos hasta hoy (Muñoz, 2007, p. 1).

La realidad se impone y no nos engaña: la paz siempre ha sido una búsqueda incesante de los pueblos y las nacionales con la esperanza de alcanzar relaciones armónicas y fraternas. Somos conflictivos pero anhelamos la paz. Esta pretensión no tiene objeción alguna por cuanto es el compromiso de las personas y sus gobiernos, los organismos multilaterales, las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, entre otros, por buscar soluciones no violentas a los hechos. La renuncia a la búsqueda por la paz significa el fracaso por encontrar una vida mejor. Aunque sea difícil de abordar lo que propiamente queremos decir por paz, sin lugar a dudas, en este carácter equívoco y esquivo es en donde se da su riqueza y a la vez su pobreza, fácil de manipular y menospreciar por unos y vanagloriar por otros.

Algunos presupuestos sobre los cuales podemos discutir en qué se fundamenta la paz, están: como logro definitivo de nuestra cultura al conferir a todos los seres humanos racionalidad intrínseca en el ejercicio del respeto por el otro; como un mínimo de racionalidad en la defensa de la libertad y la integridad humana; o si queremos explorar desde éticas discursivas o ético-procedimentales en el que una norma sólo es correcta cuando los afectados por ella están dispuestos a darles su consentimiento en un diálogo celebrado en condiciones de simetría. Acá convencen las razones en el seno mismo del diálogo. En las llamadas racionalidades modernas y contemporáneas se ha tratado de fundamentar la paz y los Derechos Humanos en la dignidad humana en el marco de la racionalidad ilustrada kantiana: “Tratar al hombre como un fin en sí mismo”. Los Derechos humanos y la paz no pueden ser instrumentalizados, no son un precio sino un valor y logro de

la cultura. Fundamentar la paz en el respeto por el otro desde la dinámica de la lucha en la perspectiva hegeliana. Ahora bien, es aquí donde la democracia, el uso del poder del ciudadano, del pueblo, debe inventar espacios para convenir, sin apagar la pluralidad y la diferencia que constituyen al ser humano. Como bien lo expresa Zuleta:

El Hombre, en el núcleo más íntimo de su ser, es un nudo de relaciones e intercambios. Intercambios lingüísticos, afectivos, sexuales, económicos; pero también, y en eso consiste su riqueza, un conjunto de diferencias y conflictos, de visiones del mundo, de proyectos e intereses. (...) el reconocimiento de que el otro, por opuesta que sea su visión del mundo y del futuro a la nuestra, sigue siendo un hombre como nosotros. (2009, p. 31)

El otro, no ya desde la racionalidad kantiana sino desde el conflicto como reconocimiento. Cuando los hombres luchan por los medios de subsistencia, pero sobre todo por su reconocimiento de seres libres. Esto es lo que ha logrado para Hegel las revoluciones burguesas en el reconocimiento del sujeto como persona jurídica y moral. Como individuo capaz de formar planes de vida, trabajo, como protagonista de la escena política. La política que se da como aquel *estar juntos*, estará siempre amenazada por la discordia y la disolución. La esfera política surge de actuar juntos, de compartir acciones, palabras y mundos. Para Mouffe (1999):

El pensamiento político de inspiración liberal-democrático revela su importancia para captar la naturaleza de lo político. Pues de lo que aquí se trata es precisamente de lo político y de la posibilidad de erradicar el antagonismo. En la medida en que esté dominada por una perspectiva racionalista, individualista y universalista, la visión liberal es profundamente incapaz de aprehender el papel político y el papel constitutivo del antagonismo (es decir, la imposibilidad de construir una forma de objetividad social que no se funde en una exclusión originaria) (...) La desaparición de la oposición entre totalitarismo y Democracia, que había servido de principal frontera política para discriminar entre amigo y enemigo, puede conducir a una profunda desestabilización de las sociedades occidentales. (p. 12)

En fines prácticos en sí misma la paz debe ser un logro de la cultura humana y por lo mismo se considera que puede servir para efectos de la convivencia, la armonía, la dignidad, la inviolabilidad de la vida humana, entre otros. En definitiva, no se discute en sí misma considerada como posibilidad de fundamentar una razonable autonomía de la convivencia de los seres humanos para la reconciliación. El problema radica en que en su existencialidad fáctica la paz puede convertirse en una ideología de poder. La paz en sí pasa a ser una paz para sí poli-

tizada. Ahí radica su carácter instrumental, porque al ser una paz construida con pretensiones de erradicar completamente el conflicto, cosa que sería desconocer la real dinámica de la política, puede ser objeto de manipulación y por supuesto de extravío de la razón y de la praxis.

Surgen unos cuestionamientos en el orden la filosofía normativa: ¿Tiene la paz una base objetiva o es una construcción humana? ¿Hay algún fundamento moral que justifique la existencia de una política pública destinadas a materializar una determinada concepción de paz? ¿Es posible que la búsqueda de la paz en vez de unir divida a un pueblo? ¿Se puede erradicar el conflicto de la real dinámica de la política? ¿Es posible que en el deseo por la paz se polarice un país? Resuenan aquellas palabras de Panikkar: “La lucha por la paz crea generalmente otra guerra y, desde luego, produce un desequilibrio que, a la larga o a la corta, causará una nueva desestabilización, que probablemente será más profunda que la primera” (1993, p. 21).

Son útiles en estos momentos las sabias palabras de Estanislao Zuleta, cuando expresa la necesidad de aceptarnos desde la diferencia y desde la madurez del cómo asumir los conflictos y aprender de ellos:

Yo le replicaría para mí que una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Que sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz. (2009, p.30)

Los colombianos debemos aprender a vivir juntos en el conflicto pero en la construcción de mejores horizontes de vida, esto es aprender y querer vivir en paz, no como sueño sino como realidad posible.

Referencias

- Martínez, F. y Muñoz, F. (2007). La paz, un anhelo público y político universal. Aportaciones históricas desde el mediterráneo. Madrid. Versión mecanografiada. Recuperado de <http://www.ugr.es/~fmunoz/documentos/pazuniversal.pdf>
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.

Panikkar, r. (1993). *Paz y desarme cultural*. Santander: Sal Terrae.

Zuleta, E. (2009). *Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.